

SERMON PRIMERO

DE SAN PEDRO.

Predicado en el templo de la Santísima Trinidad de Méjico en que está fundada la venerable congregacion de dicho santo Apostol.

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam. Matth. cap. 16. v. 18.

Ardua empresa es con la fuerza sola de las voces hacer levantar hasta un grado justo las ideas de cosas verdaderamente grandes: mas difícil y aun casi imposible acertar con ellas á esplicar debidamente los portentos de la gracia; aquellos principalmente cuya noticia se nos ha hecho familiar desde nuestros tiernos años; porque faltándonos el estímulo de la novedad, que escite la atencion, casi no acertamos á formar otras ideas que las débiles y obscuras á que nos acostumbramos desde la niñez. Así nos pasa con las glorias del digno objeto de estos reverentes

cultos. Apenas, por nuestra dicha, comenzamos á abrir los ojos á la luz de la razon cuando recibimos la doctrina santa de Jesucristo, y con ella tambien como inseparable la noticia de la alta santidad, dignidad y poder del glorioso apostol San Pedro: nos criamos y crecemos con ella, apreciable felicidad al paso que lamentable la desgracia de la debilidad del corazon y entendimiento humano, que antes se deja robar las atenciones de lo raro de un cometa que de las superiores tanto mas admirables luces del sol. Por eso, pues, querria yo, señores, volveros por este rato á aquellos felices tiempos santificados con la presencia del Salvador, para que presentes al soberano coloquio, que nos refiere el evangelio de Jesucristo con sus discipulos, oyeseis la primera vez de boca del mismo Pedro las glorias del Salvador, y de boca del Salvador las de Pedro. Hacedos desde luego presentes á aquel santo venerable congreso, escuchad á Jesus que pregunta á sus apóstoles: ¿qué juicio forman los hombres del hijo del hombre; y luego, cual es el que forman ellos mismos? Sin detenerse responden ellos á la primera: que unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremias, ú otro de los profetas. Mas á la se-

gunda Pedro solo es el que responde, adelantándose á todos los demas: tú eres Cristo hijo de Dios vivo: *Tu es Christus Filius Dei vivi*. Estas mismas palabras que habeis oido tantas veces, y que salidas de mis labios las acabais de escuchar tan sin mocion ¿cuál y cuán grande no la causarían en vosotros si presente aquí el santo apóstol llegasen á vuestros oidos animadas de su fervoroso espíritu? ¿Cuál si hoy como entonces fuera la primera vez, que corrido por Pedro el velo á los misterios, y disipadas las sombras de las antiguas profecias: fuese, digo, la primera vez, que llegase á vuestra noticia la soberana é incomprehensible exaltacion de la naturaleza humana hasta el alto solio de la deidad? Esto es: que el hijo natural de Dios, la segunda persona de la augustísima Trinidad, como esplica nuestro conciliar catecismo, se hizo verdadero hombre en las entrañas de la Virgen María, que por obra del Espíritu Santo, y sin alguna de varon tomó el Verbo Divino á la santa humanidad de Jesucristo por medio de una real y verdadera union hipostática, ó de persona, de manera que haciendo Dios y el hombre una sola persona, Dios es hombre, y el hombre es Dios siendo á un tiem-

po Jesucristo Dios y hombre verdadero. Sin duda que estáticos, y como arrebatados fuera de vosotros á un pais de luces inaccesibles ignorado hasta entonce, contemplariais absortos por una parte la suma dignacion del Todopoderoso, que ofendido por el hombre criatura ingrata, á quien á pesar de la limitacion de su polvo habia ennoblecido desde su origen con el sello de la deidad, quiso con todo reparar en él con ventajas las quebras de su primera culpa: por otra admirariais su infinita sabiduría que para males sin medida supo hallar un remedio de infinita eficacia: por otra su poder que alcanzó á anonadar en cierto modo lo infinito, y sublimar la nada hasta lo sumo uniendo en una sola persona dos extremos infinitamente distantes, Dios y hombre. En una palabra: con aquella confesion quedaríais instruidos de tan altos misterios, que su soberana doctrina bastaria á haceros formar una idea justa del alto grado de magisterio á que la Providencia destinaba á nuestro santo apóstol.

Mas al escuchar de los puros labios del Salvador quien es Pedro en aquellas sencillas pero magníficas palabras: *Tu es Petrus et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam*: tú eres Pedro y sobre

esta piedra edificaré mi iglesia; entonces sí que formaríais el debido concepto, y hallaría en Pedro vuestra admiración otra no esperada inesplicable é incomprehensible exaltación de la humana naturaleza. Dios sobre toda espectación y concepto criado se unió al hijo del hombre sin ser capaz de la mas leve mancha, y le puso á su diestra; y este hombre Dios, queriendo derramar sobre el resto de los demas hombres inficionados con la culpa el inmenso mar de sus misericordias, puso á su diestra á Pedro uniéndole y asemejándole así de un modo singular no comun á los demas santos. Esto os procuraré demostrar haciendooos ver en Pedro: una imagen viva y copia fiel de Jesucristo aun en los privilegios que al Salvador le fueron como característicos y propios: para conseguirlo ayudadme á pedir las luces de la gracia. AVE MARIA.

Punto primero.

La omnipotente mano del Altísimo, que allá desde la eternidad quiso benéfica con el hombre hacerle sus delicias y digno obgeto de su amor, le ennobleció desde su origen en el principio de los siglos con su imagen y semejanza. Sacó del

obsuro caos de la nada el resto de las criaturas, que con hermosa variedad componen el universo: del abismo insondable de sus perfecciones se derivaron á todas y cada una ciertos destellos, que con prodigiosa consonancia publican sus glorias: en todas resplandece su poder; en todas reluce su admirable sabiduría. Pero con todo no hay en cada una sino meros vestigios y sombras del sér divino y sus infinitas perfecciones. El hombre sí que, compuesto de alma y cuerpo uniendo las dos naturalezas intelectual y corpórea, contiene la vida y ser de entre ambas y reúne en sí, para ser imagen y semejanza de Dios, todos aquellos rasgos y sombras del ser divino, que se miran repartidos en las diversas criaturas de una y otra. ¡Alta Providencia con que el Señor que habia dispuesto delificar al hombre, quiso tambien delificar en él á toda la naturaleza!

Esta sabia economía y altos destinos de la Providencia en la creación del universo imitó en cierta manera nuestro Salvador en la grande obra del establecimiento de la iglesia elevando entre todos los hombres al glorioso Pedro, y constituyéndole su vicario, ó para decirlo con voces del Salvador, haciéndole piedra fundamental de este místico edificio. Vino

Jesucristo á obrar la reconciliacion del hombre con Dios, y reparar las quiebras de la primera culpa, y como por esta se habia desfigurado, ó casi borrado en el hombre la imagen de Dios, convino que su reparacion se obrase por medio de otra nueva semejanza y conformidad de los hombres con Jesucristo, la cual renovará en ellos la imagen del Altísimo desnudándolos del hombre viejo y vistiéndolos del nuevo. Por esto vino Jesucristo como egemplar, derramó sobre los hombres con sobrecabundancia sus gracias, los hizo partícipes de sus virtudes, y, á proporcion de la correspondencia de cada cual, en estos se vé retratada la mansedumbre, en aquellos la misericordia, en los otros el celo santo, y así de las demas virtudes de Jesucristo. Pero en Pedro, á quien habia destinado para maestro de todo el resto de los demas hombres; en Pedro, á quien constituyó cabeza de la iglesia, á quien eligió pastor de su grei, reunió las virtudes y gracias de todos para que en él formasen su mas cabal y parecida imagen; no de otra suerte que el Altísimo en la creacion del universo reunió el ser de todas las criaturas en el hombre para hacerle á su imagen y semejanza.

¿Ni cómo hubiera sido San Pedro

digno maestro del resto de los hombres sino poseyese todas y cada una de las virtudes en el mas alto grado para su mas eficaz enseñanza con el egemplo? ¿cómo digna cabeza de este cuerpo místico de la iglesia si no se derivase y descendiese de él al resto de los miembros la vida de todos y peculiar virtud de cada uno? ¿cómo piedra fundamental sobre que se levantase el monte de toda santidad, el místico edificio de todas las virtudes si no las contuviera y reuniera todas en sí para poderlas sustentar? No hay duda, como el hombre es un compendio de la naturaleza en quien se hallan como abreviadas las criaturas todas, así Pedro es un epílogo de todas las virtudes. Facil seria convencersos de esta verdad conduciéndoos de una en otra virtud; observándolas todas en este santo apóstol. Su prontitud en seguir á Jesucristo con un generoso desprendimiento y renuncia de todas las cosas: su valor é intrepidez para emprender lo mas árduo sin que le amedrente el odio, multitud y esforzado poder de sus enemigos: su constancia en medio de los trabajos y persecuciones; que sin turbar la serenidad de aquel corazon invencible toma tranquilo el sueño en las mismas cárceles á vista de los horrores de la muerte:

su infatigable zelo en publicar la resurreccion y fe de Jesucristo no solo en Jerusalem y sus vecinos pueblos; sino tambien en las distantes ciudades de Antioquia, Alexandria y Roma; en Asia, Africa y Europa en que personalmente plantó y cultivó la religion venciendo cuantos obstáculos oponian el poder todo y potestades del infierno: su humildad profunda: su caridad ardiente: su: ¿pero á dónde voy? si para referir cada una de las innumerables escelentes virtudes que adornaron á Pedro y formaron en él una singular imagen, y una parecida copia de Jesucristo ni alcanza el tiempo ni son bastantes las voces. Cada una de ellas pedía muy largo y ponderado elogio: porque cada una se halla tan cultivada y practicada de Pedro que pareciendo formar su caracter, no le forma en realidad sino aquel maravilloso conjunto de todas que le hacen, como á Jesucristo, egemplar de toda perfeccion sin sombra alguna de vicio, como convenia á la piedra fundamental de la iglesia. *Humilitas y caritas*

Porque aunque aparezca Pedro vano y presuntuoso cuando, sin atender á las voces del Salvador, ofrece morir antes que negarle, y no escandalizarse aunque todos se escandalicen; aunque parezca des-

cuidado en el huerto cuando duerme; débil en la casa del Pontífice cuando niega: todas estas culpas fueron de Simon que supo repararlas con imponderables ventajas la virtud de Pedro. Después que las lavó con las lágrimas de una pronta penitencia, y que ellas mismas le dieron motivo para la mas profunda humillacion, fué cuando Jesucristo fundó sobre él su iglesia exaltándole á ser cabeza y pastor de su grey. Antes eran grandes, si, las virtudes de Pedro, le habia distinguido el Salvador entre todos los apóstoles: él habia hecho el primero aquella gloriosa confesion de la divinidad de Jesucristo esplucando en pocas palabras abierta y claramente los mas altos misterios de la humillacion de Dios y exaltacion del hombre; para esto habia alcanzado una soberana, divina ilustracion derivada inmediatamente del padre de las luces bastante á hacerle bienaventurado aun en la tierra: *Beatus es Simon Barjona, quia caro et sanguis non revelavit tibi*; le habia Jesucristo mudado el nombre para denotar la interior mutacion y renovacion que habia obrado en Pedro. Pero con todo aun quedaban en él reliquias del hombre viejo: habia de pecar, y preveia su caída la infinita sabiduria de Jesucristo; no tenia

Pedro todavía el perfecto lleno de las virtudes; y por eso, aunque el Señor le ofreció fundar sobre él su iglesia y entregarle las llaves del reino de los cielos, reservó la egecucion y cumplimiento de esta promesa para otra ocasion, para otro tiempo.

Llegó este por último cuando despues de su gloriosa resurreccion se apareció Jesucristo tercera vez en las orillas del mar de Tiberiades á los apóstoles que siguiendo á Pedro se hallaban pescando allí con él. Entonces fue el feliz y claro día, en que obrando el Salvador el gran prodigio de la milagrosa pesca, que nos refiere el evangelista san Juan al capítulo veinte y uno, como preludio de la grande obra que iba á egecutar; entonces fué, digo, cuando haciendo por tres veces prueba de las virtudes y santidad de Pedro en su amor ¿*Petre amas me?* y hallándolas radicadas todas en una caridad no solo ardiente sino excelente y superior á la de los demás apóstoles ¿*Petre diligis me plus his?* y animadas todas de aquel divino fuego con que vino á abrasar la tierra para purificarla de todo vicio, le entregó (como á quien se habia ya desnudado enteramente del hombre viejo, y vestido del nuevo, copiando en sí perfectamente á Jesucristo) las llaves prometidas para el gobierno de

su iglesia, y le sublimó y exaltó á piedra fundamental de ella uniéndole á sí de un modo singular é incomprehensible, que hiciese á Pedro comunes con el poder los titulos y dictados mas característicos y propios de Jesucristo.

Punto segundo.

Es cierto que en la renovacion que el Salvador vino á obrar en nosotros, no solo se repara aquella primera imagen de la deidad con que fué ennoblecida nuestra naturaleza; sino que se mejora desnudándonos del hombre viejo, y vistiéndonos del nuevo; que es el mismo Jesucristo; y no solo se forma en nosotros la imagen de Dios, sino que se obra una union inefable con Jesucristo. Volved los ojos á ese adorable augusto sacramento en que el Salvador se nos ministra en vianda y bebida para que comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre, bajo las especies de pan y vino, estemos todos en su Magestad, y su Magestad en nosotros: pero ¿cómo? Por un modo espiritual é incomprehensible en que estando el Señor todo en todos los que dignamente le reciben, todavía se comunica por grados á unos mas que á otros, segun la disposicion y mérito

tos de cada uno, haciendo partícipes á estos de mayores y mas singulares gracias y dones que á los otros á proporcion que es mayor y mas íntima su union con ellos. Medid ahora si podeis por esta regla el grado á que llegó la union de nuestro glorioso apóstol y padre San Pedro con Jesucristo. Vino este Señor al mundo obrando aquellos grandes misterios, que no cabiendo aun en la comprension de los mas altos serafines fueron y serán por toda la eternidad el asombro de los ángeles. Todos ellos, y quanto egecutó el Salvador, se enderezaron á la grande obra del establecimiento de la iglesia plantada con sus sudores y regada con su sangre, y quando por tantos titulos esta misma iglesia es tan propia de Jesucristo, los mayores que sobre ella pudo tener y le concedió su padre fueron los de cabeza, juez y pastor (1): *Ipsum dedit caput super omnem ecclesiam* (2): *Dedit ei pater Judicium facere* (3): *Ego sum pastor bonus*, y con estos mismos ennobleció y distinguió el Salvador á nuestro santo apóstol uniéndole de manera consigo que con toda verdad sea y se diga cabeza, juez y pastor de la iglesia universal.

(1) Ad Ephesios cap. 1. v. 22. (2) Joan.

(3) Joan. 11.

Le hizo cabeza haciéndole piedra fundamental de su iglesia, porque así como sobre la piedra fundamental de un edificio estriba y se sostiene toda su grandeza, y como de la cabeza descendiendo y se comunica la vida á todos los miembros y por ella se rigen sus movimientos; así sobre san Pedro como sobre primera piedra de la iglesia se habia de levantar y sostenenda virtud de todos los hombres, y de él, como cabeza, habian de recibir la vida de la gracia, el alimento de la doctrina y toda la espiritual direccion y regla de su creencia y operaciones. Le hizo juez dándole las llaves del reino de los cielos: *tibi dabo claves regni caelorum*: las llaves de aquellas puertas que estuvieron cerradas á los mortales por tantos siglos, hasta que el mismo Dios hombre (porque menor poder no bastaba) se dignó abrirlas la primera vez dejándolas despues en las manos de nuestro santo apóstol, que, constituido universal recto juez de los hombres, las pudiese abrir á los dignos y cerrar á los indignos, con tan soberano poder que aun pronunciadas sus sentencias acá en la tierra, fuesen firmes é inviolables allá en el cielo. Le hizo pastor encomendándole su grey sin limitacion de tiempo ni otra alguna: no estos ó aquellos corderillos en

particular, no estas ú aquellas ovejas; sino todos cuantos corderos y ovejas tienen la marca de Jesucristo son los encomendados á Pedro; *pascite oves meas, pascite agnos meos*: de manera que Pedro, á distincion de los demas pastores que Dios puso para el gobierno de su iglesia, es como Jesucristo pastor universal de cuantos fueron antes, son y serán los que en lo futuro compongan la iglesia universal.

Tanto pudo la singular maravillosa union de Pedro con Jesucristo; porque sin ella ¿podríamos acaso entender en alguna manera la estension de su pastoral ministerio á los tiempos posteriores en la continua sucesion de la doctrina con que el primero de todos confesó y publicó la fé de Jesucristo? ¿Sin esa union de Pedro con Jesucristo, que fué la obra primera con la mente del Altísimo, y á que se enderezaron y preordinaron cuantas obró su mano poderosa desde el principio de los tiempos, ¿cómo podríamos adelantar ó retroceder á tantos siglos precedentes la autoridad, jurisdiccion y gobierno de Pedro en los preeminentes titulos de cabeza, juez y pastor con que le ennoblecó Jesucristo? Todas estas glorias y preeminencias se contienen y comprehenden á mí ver en solo el magnifico elogio de piedra

fundamental de la iglesia. Esta se forma y compone no tan solo de los fieles de la ley de gracia, sino tambien de todos cuantos desde la creacion del universo florecieron en las leyes natural y escrita, reunidos todos en Jesucristo, que no sin misterio vino en el medio de los siglos como centro y término de reunion de todos los santos colocándose en medio de ellos como piedra fundamental de la iglesia, y comunicando á Pedro esta gloria en tal forma, que sea una misma piedra fundamental con Jesucristo, porque, como enseña el apóstol de las gentes, el fundamento de este místico edificio es uno y ninguno puede poner otro fundamento, que el que está ya puesto que es Jesucristo (1): *fundamentum aliud nemo potest ponere præter id quod positum est quod est Christus Jesus*. Pues si Jesucristo es el fundamento de la iglesia, y no se puede poner otro; siendo Pedro tambien fundamento de ella, como el mismo Salvador nos lo enseñó, es preciso confesar que por medio de una union inefable y singular fué exaltado á ser el mismo fundamento, y no otro, con Jesucristo, figurando en cierta manera la exaltacion del hijo del hombre

(1) Ad Corinth. 1. cap. 3. v. 11.

que por medio de la union hipostática es un mismo Dios, y no otro; con su eterno Padre. Ya no es de admirar aquella alta sabiduría, aquella imponderable eficacia con que Pedro, un pobre pescador, un hombre sin letras, confundia la sabiduría del siglo, y convertia á millares los hombres á la fé de Jesucristo, haciéndoles creibles y preceptibles aquellos altos misterios que los ángeles vieron con asombro, y para los hombres eran escándalo ó locura; ya no es de extrañar aquella milagrosa virtud que se difundia de Pedro, y derramaba sanidad por todas partes comunicándola hasta la vacía sombra de su cuerpo, á cuyo aereo contacto se obraba la espantosa curacion de los enfermos; ya no aquel poder divino con que castigó á Ananias y su muger la maliciosa reserva de parte del precio en que habian vendido su posesion quedando muertos á sus pies al oír la voz de Pedro, á la manera que del hijo de hombre está profetizado que con solo el aliento de su boca destruirá la bestia horrible, esto es, al anticristo en el fin de los siglos: porque toda esta alta sabiduría, esa milagrosa virtud de sanidad, ese divino poder son de Jesucristo, del hombre Dios trasladados á San Pedro con las llaves y pastoral ministerio. Siendo lo

cual así seria muy de extrañar la tibieza de nuestros cultos, el descuido y pereza para la imitacion, la falta de consideracion y memoria de los beneficios recibidos, y de confianza para alcanzar otros muchos.

Pero ¿quién, santo padre mio, quién haciendo un sério recuerdo de vuestros trabajos y fatigas en la grande obra de la estension de la fé de Jesucristo por todo el orbe para la comun reparacion del género humano, no se hará todo amor por el reconocimiento? ¿quién al contemplar en vos, que fuisteis alguna vez hombre pecador manchado con la culpa original como nosotros, y tocado del mortal veneno de las culpas actuales, la poderosa eficacia de la gracia que alejando de vos toda sombra de vicio os transformó en viva imagen y copia fiel de Jesucristo, en egemplar vivo de toda santidad y virtud; no se hará todo aliento para la imitacion? ¿Quién al consideraros centro de toda santidad, cimiento de toda virtud, y cabeza del cuerpo místico de todos los santos no se hará todo respetos para la veneracion? ¿Quién al ver la maravillosa exaltacion de la naturaleza humana que obró en vos el Altísimo uniéndoos por un medio maravilloso con el hombre Dios, poniéndoos á su diestra, y comunicándoos los mas escelen-

tes titulos de piedra fundamental, cabeza, juez y pastor, no se llenara al paso que de admiracion tambien de regocijo y confianza para buscar en vos como en piedra el apoyo: como en cabeza la vida: como en juez al tiempo mismo que padre la misericordia y perdon: como en maestro y pastor la doctrina y direccion? Si, santo mio, estamos altamente persuadidos que allá desde los eternos descansos á la diestra del hombre Dios atendeis á vuestras ovejas, vive allí, y os anima como á buen pastor el cuidado y solicitud de ellas: en esta confianza nos ponemos bajo vuestra proteccion, é imploramos rendidos vuestra pastoral direccion seguros de que seremos con ella conducidos á los saludables deliciosos eternos pastos de la gloria.

SERMON SEGUNDO

DE SAN PEDRO.

Predicado en la Santísima Trinidad
el dia 3 de julio de 1768.

Beatus es Simon Barjona..... tu es Petrus.
Matth. c. 16.

La mas gloriosa contienda que vieron los siglos entre Dios y el hombre, en que se interesaban no menos que la revelacion del misterio mas soberano, y la promesa de la suprema dignidad, sobre que habia de levantarse la iglesia santa, es la que en el presente evangelio caracteriza singularmente la heroica grandeza de la cabeza visible de la iglesia, principe de los apóstoles, y primer vicario de Jesucristo sobre la tierra nuestro padre San Pedro. De una parte bañado Pedro de una luz soberana dando el mas ilustre y espreso testimonio de la divinidad de Jesucristo solamente conocido hasta entonces bajo el oscuro velo de las sombras y figuras; de la

otra el mismo Jesucristo tomando á su cargo el alabar la fé de Pedro, y remunerar su mérito con el honor y cargo mas glorioso, formaron una ilustre contienda en que, victorioso Jesucristo, logró Pedro en elogio de su fé y recompensa de su mérito la mas augusta y soberana dignidad. En este combate de entrambas partes tan glorioso, no sé si admire mas las singulares virtudes que en Pedro elogia Jesucristo ó la suprema dignidad con que le honró. A la verdad que al considerar á este glorioso apóstol elevado al soberano trono de la iglesia, revestido de un imperio tan grande, arrebatados de admiracion se ocupan todas nuestras ideas en contemplarle en la cumbre del honor, y sorprendidos de la gloria de su dignidad no nos empleamos en descubrir aquellas virtudes con que en el estado de una vida privada se preparaba Pedro á tanta grandeza. Pero el mismo Jesucristo, que en el presente dia hizo el mas acabado panegirico de su apóstol, nos ha enseñado, que no se puede formar el debido concepto de cuán grande se ostenta Pedro colocado en el trono soberano de la iglesia sin hacer ántes recuerdo de las escelentes virtudes con que en una vida privada se preparaba Simon á aquella dignidad, que desempeñó Pedro tan gloriosamente. Por eso

el maestro soberano primero hace el elogio de Simon canonizándole de bienaventurado: *Beatus es Simon*, y despues, llamándole con el misterioso nombre de piedra, le constituye fundamento estable de su iglesia: *tu es Petrus*. Dos cláusulas breves pero que contienen la idea mas cabal del que distinguiéndose entre los demas apóstoles santos habia de ser el héroe de la santidad y de la iglesia. Habló de aquella heroicidad cristiana, hermoso conjunto de todas las virtudes, de aquella santa grandeza de ánimo pronta á emprender las obras mas dificiles y gloriosas para la comun utilidad, enlace misterioso de los dones interiores que hermosean al alma con las acciones mas ilustres, en que al mismo tiempo es igualmente grande en su propia santidad, que en el glorioso desempeño de los soberanos fines que se le han confiado. Y veis aquí, señores, el órden, que siguiendo las mismas palabras de Jesucristo, me he propuesto seguir en alabanza de nuestro glorioso apóstol. El como príncipe y cabeza de la iglesia debia en el fondo de su alma poseer las virtudes mas grandes, para mostrar en aquellas brillantes y magnificas empresas á que se destinaba un heroismo completo de santidad. El habia primero de trabajar incesantemente

en su propia santificacion, para hacer mas gloriosos los trabajos que iba á emplear en el establecimiento de la iglesia y comun santificacion de los fieles. El por último debia distinguirse entre los demas apóstoles en la santidad, para campear despues heróico principe y cabeza de todos ellos. Estos son, señores, los dos grados de santidad á que reduzco el heroismo de San Pedro. Heróicas virtudes de Simon para su privada santificacion. Heróicas virtudes de Pedro en el establecimiento de la iglesia para la comun santificacion de los fieles. La misma sencillez y solidez del asunto, no otro que el del mismo Jesucristo en alabanza de Pedro; el objeto soberano de él, no menos que el fundamento, la cabeza, el padre de la iglesia santa, ofrecen las ideas mas grandes, y las imágenes mas magníficas. Yo ciertamente al considerar que entro en una materia en que todo es grande, todo soberano, todo ilustre, temeria manchar su dignidad con los toscos borrones de mis palabras; si la maestra de los apóstoles, cielo hermoso de la iglesia santa y heróica reyna de ella, no alentara mi tibieza en un asunto tan de su agrado con los socorros de su gracia.

AVE MARIA.

Beatus es &c. La iglesia santa, esposa amada de Jesucristo, centro de su amor y sus dones; la iglesia, ilustre junta, en que unidas con el estrecho nudo de la fé las gentes mas diversas en costumbres, las mas distantes en sus paises, las mas distintas en sus ritos habian de congregarse en un cuerpo: la iglesia, obra la mas admirable de la sabiduria y amor de Jesucristo, es la demostracion mas sólida de los dos grados heróicos de santidad de Simon Pedro. El soberano maestro, que iba á formar en este glorioso apóstol el héroe de su iglesia, distinguiéndole del resto de sus discipulos como principe y cabeza de todos ellos, atendió singularmente en Simon á aquellas relevantes virtudes que le hicieran capaz de sostener el inmenso peso de la soberana dignidad que le confiaba. No fueron á la verdad ó lo ilustre de su cuna, ó la estension de sus lumbres, ó una profunda penetracion de los negocios politicos los dones que entre los demas apóstoles caracterizaban á Pedro; pero tampoco eran estas disposiciones de la carne y la sangre las que habian de tener parte en una eleccion todo divina. La iglesia, vuelvo á decir, que, según

la breve esplicacion del catecismo, no es otra cosa que la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su vicario: congregacion que comprende á los fieles todos justos y pecadores; congregacion de que están infelizmente escluidos los idólatras, los hereges, los cismáticos, se mantiene firme con el nudo estrecho de la fé, y logra sus aumentos en el amor infinito con que Jesucristo cuida y vela sobre ella; por eso estas eran tambien las heroicas virtudes con que se preparaba Simon, y á que atendia Cristo al constituirle piedra fundamental de su iglesia. El, como oráculo soberano que habia de tener sugeto á sus decisiones el mundo todo en los puntos inefables de la fé, debia estar ilustrado con una fé firme, sublime y superior á la de los otros discipulos: el, que iba á regir la iglesia recién nacida aun y á sostener inmensos trabajos, persecuciones, cárceles y á ostentar en las primeras conquistas del evangelio las mas heroicas acciones alimentadas con la caridad y amor de Jesucristo, debia tambien poseer en un grado singular esta divina virtud. Estas fueron desde luego las dos soberanas virtudes fé y caridad que hicieron el carácter de la santidad de Simon, y con las que, se pre-

paró al soberano trono que ocupó Pedro.

Y puesto que en la firme fé que caracterizó á Simon Pedro hemos de descubrir los singulares quilates con que se aventajó á los otros apóstoles: séame por ahora permitido pasar en silencio aquellas otras acciones, aunque grandes, que fueron comunes á los demas. Haber prontamente rendidose á la vocacion de la fé cuando Jesucristo les llamó para sí; renunciar, sino ricos tesoros de oro y plata, las esperanzas todas y los lazos mas estrechos de la naturaleza; recibir con humildad de la boca de Jesucristo sus celestiales doctrinas; comenzar á esparcirlas y anunciarlas, apenas se le comunicaron, fueron en la realidad egercicios excelentes de la fé de Pedro; pero fueron comunes á Andrés, fueron comunes á Juan y Santiago, fuéronlo á Matias y á los demas apóstoles. Busquemos su singular carácter y puesto que un solo rasgo ilustre suele á veces demostrar sensiblemente la heroicidad, pesemos con atencion el mérito de la fé de Pedro en la gloriosa confesion que hemos oido en el evangelio.

Habian espuesto los apóstoles en la célebre cuestion, que les propuso Jesucristo, del juicio que los hombres se habian formado de su persona los diversos

pareceres en que se dividian. Unos le colocaban en la clase de los profetas, otros le igualaban á Elias, otros á Juan Bautista y todos no tenían sino ideas muy limitadas y muy ajenas de su ser. Pero luego que el soberano maestro, volviéndose á sus apóstoles, pretende saber su propio sentimiento, tomando Pedro la palabra á la frente de todos, y ya como su maestro y cabeza: tú eres Señor, le dijo, el hijo natural y verdadero de Dios vivo: *tú es Christus filius Dei vivi*. ¡Qué testimonio tan ilustre, tan firme y tan interesante á la iglesia! El es la sincera confesion del soberano misterio, principio y fundamento de nuestra religion: él ha resonado gloriosamente en los mas distantes países: él ha sido escudo firme de los mártires entre las espadas, entre las fieras, entre las llamas; él despues de tantos siglos ha servido á la iglesia como apoyo firme de su creencia. Yo, al leer los distinguidos elogios que los padres dan á la fé de Pedro, pienso que nuestra misma fidelidad nos impide en cierto modo alcanzar el particular mérito de esta fé sin igual. Nacidos, por beneficio inestimable del amor divino, en el seno de la iglesia católica, criados á los pechos de la fé y la devocion, alimentados de una santa

educacion casi al mismo tiempo ilustraron nuestro entendimiento, aun muy débil, los primeros crepúsculos de la razon y las soberanas luces de la fé de la divinidad de Jesucristo. Este artículo fundamental de nuestra creencia sonaba aun desde las cunás dulcemente en nuestros tiernos oidos; esto pronunciaban balbucientes aun nuestras lenguas; esto oimos en el retiro de nuestras casas, entre el ruido de las calles y plazas, en las exhortaciones de los templos; la fé de los mártires, la sabiduria de los doctores, las decisiones de la iglesia casi no dejan libertad á nuestro entendimiento para creerle, y á nuestra lengua para confesarle. Y fueron estas las circunstancias en que dió Pedro tan claro y tan ilustre testimonio de la divinidad de Jesucristo: ¡oh! Que sin tener parte alguna ni la educacion, ni la crianza de los hombres, ni lo que veia, ni lo que oia; sin tener parte éstos inefables testimonios que se nos entraron por los sentidos; al golpe de aquella luz soberana que del seno del padre de las luces bajó á llenar su entendimiento, hizo el primero aquella gloriosa confesion que hemos oido. ¡Qué grandeza, señores, ser el primero que despues de cuatro mil y mas años descubre al mundo con las mas

claras espresiones un misterio que los mas ilustrados profetas no habian conocido sino por sombras: un misterio en cuya creencia, segun el testimonio de Jesucristo, se cifra la felicidad de la vida eterna *hec est vita eterna*, y confesarle en medio de la oscuridad y sombras del judaismo sin ejemplo, sin socorro y sin mas testimonio que el del cielo! Si volvía los ojos á las escrituras santas del viejo testamento, no hallaba sino símbolos y geroglíficos de este misterio cubiertos de enfáticas sombras; si atendía á lo que antes de él habian dicho Juan Bautista y Natanael, eran aun testimonios en que parecia confundirse Jesucristo con los demas justos hijos solo adoptivos de Dios; si á las obras mismas de Jesucristo, estas, aunque tan admirables, no descubrian aun todo el fondo de la divinidad á aquellos ojos carnales. ¿Qué torrente, pues, de luces celestiales inundaría la alma de Pedro para que, superior á cuantos le habian precedido, y sin aquellos socorros que han tenido despues los fieles, confesara el primero de todos tan abiertamente un artículo, apoyo de nuestra religion y fundamento característico de nuestra fé? Sin duda que al ilustrarse de este modo su entendimiento descubriría en

aquella luz soberana, que se le comunicaba, aquellos inescrutables secretos de la divinidad y la Trinidad sobre que habia dentro de poco tiempo de ser sagrado oráculo y dar las mas respetables decisiones. Sin duda tambien que no podia Simon distinguirse mas señaladamente entre los demas apóstoles y disponerse para cabeza de una iglesia que tiene por fundamento la fé, que con una fé tan firme, tan espresa, tan gloriosa, que sin tener otro origen que la revelacion del padre celestial levantó á Pedro por boca del mismo Jesucristo al heróico grado de bienaventurado: *Beatus es Simon Barjona &c.*

Mas cuando así ilustrado el ánimo de Simon con una heroica fé comenzaba á ostentar la incontrastable firmeza sobre que habia de sostenerse la creencia de los fieles, al mismo tiempo en la ardiente fragua de su amor forjaba aquellas armas poderosas con que armado su corazon habia de conducir hasta el fin, á pesar de los mas poderosos enemigos, la heroica empresa á que se le destinaba. Aquellas dominantes victoriosas pasiones que precipitando al hombre á los mas peligrosos riesgos le grangean un triunfo criminal, la ambicion, la vanagloria, el orgullo y la soberbia, origen prin-

cipal de aquellas ruidosas acciones con que á los ojos del mundo se han merecido los hombres el título de héroes; estas pasiones, digo, no tenían parte alguna en el empleo soberano á que se disponia Simon. Solo el amor y un amor ardiente, activo sin medida podia ser el móvil que rigiera una empresa como el establecimiento de la iglesia santa que alimentada con el amor de Jesucristo no ofrecia sino trabajos, persecuciones, deshonras y afrentas. A la verdad que seria necesaria una lengua de fuego que en vez de palabras se explicara en rayos para ponderar dignamente el activo fogoso amor en que se abrasaba Pedro. Su corazon nacido al parecer para amar no tenia otros movimientos que los de amor. Su celo el mas activo, su valor intrépido, la impetuosa fogsidad de su índole no eran sino centellas que despedia el ardiente fuego que le abrasaba el pecho. Este amor tan heróico, tan sin semejante empleado solamente en Jesucristo hizo que en todas ocasiones, señalándose Pedro entre sus coapóstoles, atropellando riesgos, venciendo peligros se diera á conocer por el discípulo mas amante. Porque ¿qué otro móvil, qué otro principio tuvieron todas aquellas demostracio-

nes en que se distinguió Pedro para con Jesucristo que un amor tierno, un amor sólido, un amor sin limites? ¿Qué mueve á Pedro á que cuando escandalizados algunos discípulos de la celestial doctrina de Jesucristo se retiran infielmente, él, contentiendo á los demas por su egiemplo, asegura que jamas se separará de su maestro? Su tierno amor. ¿Qué le obliga á significarle á Jesucristo en el Tabor el deseo de permanecer allí eternamente gozando de su vista? Su amor. ¿Qué peso le arroja violentamente por dos veces al mar en busca de Jesus? el de su amor. ¿Qué celo le inspira aquella santa curiosidad la noche de la cena de saber quién era el traidor desleal discípulo para tomar venganza de él? el de su amor. ¿Qué ardiente ímpetu le da valor en el huerto para presentarse armado de un cuchillo él solo contra una muchedumbre atrevida de soldados sin temor de la muerte? el de su amor. Mas qué ¿esta misma noche no nos presenta una negra sombra que oscurece la gloria toda de Pedro, un borron que desluce su amor en la repetida infidelidad con que por tres veces negó á su maestro? No, señores, dice el Padre S. Agustín: padeció, es verdad, este fogoso sol de amor su eclipse; pero un eclipse que

servió á que, dispadas con una amarga y sólida penitencia las sombras de su culpa, brillara su amor aun mas lucido que antes: un eclipse que, dando ocasion á aquellas tres gloriosísimas confesiones de amor, solo parece oscureció el sol de su caridad para que despues campeara mas lucido. A la verdad, dice este gran Padre de la iglesia, el Señor que cual oficiosa abeja, que saca el mas dulce y sabroso jugo de aquellas mismas flores de que chupa la araña un mortal veneno: el Señor, que de los mismos males toma ocasion para ostentar su grandeza en beneficio nuestro, permitió que el que habia de ser héroe soberano de su iglesia, depósito de aquel poder, que de un solo golpe rompe las mas fuertes ataduras de los vicios, aprendiera humildemente en su caída la fragil condicion de los hombres. Mas, aun dejando aparte esta reflexa tan oportuna, yo no sé qué condicion es la de las almas grandes, y de los espíritus generosos, que aun en las mismas caídas descubren en cierto modo el fondo de su grandeza. Por lo que toca á Pedro yo me atrevó á decir que aun en su mismo pecado dió cierta demostracion de que no obraba, de que no se movia sino por aquel fuego de amor de que estaba poseído. Porque ¿qué otra cosa fué,

que su amor á Jesucristo viciado, yo lo confieso, con una ciega presuncion y confianza, el que le hace prorumpir en aquellas ardientes espresiones de que él solo sin temer la muerte seguiria á su maestro, aunque los otros le desampararan? Y en efecto, él sigue á Jesucristo, él se entra intrépido hasta la casa misma de Caifás, triste ocasion á la verdad de su caída, efecto de una temeridad mal aconsejada; pero señal tambien de un amor sin semejante que en alguna ocasion no se dejó regir por la prudencia. Y á vista de un amor grande aun en sus mismos descarríos ¿quién admirará ya que diese á Jesucristo una demostracion tal cual no leemos semejante en lo restante de su santa vida? Bien sabido es el singular estudio con que queriendo apartar este maestro divino de sus apóstoles toda ocasion de emulacion, madre fecunda de las discordias, cuantas veces se ofrecia hablar de preferencia entre ellos, tantas se esplicaba en unos términos generales, misteriosos sin dar á alguno la primacia, ni lugar á division. Si se habla de la mayoría en el reyno de los cielos, dice generalmente que ésta será prenda de quien tuviere mayor caridad. Si reconoce en sus discípulos un apetito desordenado de preferencia entre los de-

mas, les anuncia que el que mas se humillare sirviendo á los demas, ese será el mayor. Si los hijos del Cebedeo pretenden por medio de su madre las dos primeras sillas, tratándolos de ignorantes, asegura que el determinar la preferencia está reservado á su Padre; mas cuando se trata del amor, entonces sí que claramente les da á conocer las ventajas de Pedro, entonces sin recelar que el conceder á Pedro la preferencia fuera ocasion de division, cuando sus mismos apóstoles estaban firmemente convencidos de los excesos del amor de Pedro, no duda decir la mayoría. Simon, hijo de Juan, le pregunta en presencia de los demas, ¿me amas mas que estos otros? y como si no bastara una pregunta en que manifestaba cuan cierto estaba del amor de Simon, por segunda y tercera vez le pregunta si le ama. ¡O amor todo fuego! ¡O amor sin medida! ¡O amor heroico! tan superior á todo elogio que formaste acompañado de una firme fe en Simon el héroe de la santidad.

Hasta aquí, señores, no he hecho sino bosquejar confusamente; mejor diré, no he hecho sino deslucir con toscos borrones el primer grado de la santidad de Simon con que dignamente se preparaba á aquel trono sublime en que mostrará al

mundo Pedro en el establecimiento de la iglesia, y bien universal su heroicidad. ¿Mas quién podrá ni aun referir sencillamente las heroicas acciones con que, en la vasta empresa que iba á desempeñar, se ostentó igualmente celoso en el bien de la iglesia, que lo fué en su propia santificacion? Seria necesario poner como en un mapa presentes á la vista desde el oriente hasta el occidente, desde el septentrion al medio dia cuántas villas, cuántas ciudades, cuántas provincias, cuántos reynos componen la vasta estension del orbe; seria preciso recordarnos de cuántas gentes y naciones diversas en costumbres, en trages, en idiomas, en religion habitan este nuestro mundo, cuyos nombres aun ignoramos; seria forzoso recorrer los antiguos monumentos de la historia de la iglesia, y en ellas las persecuciones, los cismas, los errores, las poderosas armas que han hecho frente, y disputado á Pedro y á su iglesia el imperio. Sí, que no eran otros los términos de sus conquistas que los del mundo todo, no eran menos los vasallos que habia de sujetar á su dominio, que los hombres todos, ni eran menos formidables los enemigos que tenia que combatir que poderosos emperadores, heresiarcas astutos, sabios alucinados, judíos increí-

culos, idólatras pertinaces, direlo en breve: los hombres todos, que armados de sus pasiones reusaban sujetar su cerviz al yugo de una ley, que á sangre y fuego venia á publicar cruda guerra. En esta empresa rodeada de invencibles dificultades, cercada por todas partes de poderosos enemigos ¿qué virtudes, qué esfuerzos tan heroicos no era preciso emplear para desempeñarla dignamente? Ciertamente que siendo ella superior á cuanto puede concebir la mas atrevida imaginacion sugerida de una ambicion sin limites; solo el Todopoderoso, que la habia ideado, podia, á esfuerzos de su amor y sabiduría, conducirla felizmente hasta el fin. Pero tambien es cierto que Jesucristo eligió á Pedro para tan alto fin. Como el corazon reparte á todo el cuerpo la sangre que le anima, como la cabeza ministra á todos los miembros los vitales espíritus que sirven á sus funciones y movimientos, y para valernos de la misma semejanza de Jesucristo, como el fundamento sostiene toda la inmensa y hermosa fábrica del edificio; así Pedro como piedra firme, como invencible fundamento habia de mantener estable el hermoso y dilatado edificio de la iglesia santa debiéndose como á feliz principio á Pedro cuantas virtudes,

cuantos dotes mantienen y hermosean á la misma iglesia. Discurrid, señores, por las incomparables soberanas virtudes de que se compone la fábrica de este místico espiritual edificio, é inferid de ellas la heroica santidad del fundamento en quien se afirman, y á quien en cierto modo se deben todas esas virtudes. Esta inmensa fábrica, que penetra con sus altas torres hasta el mismo cielo, y dilata su ámbito por todo el universo, tiene por pavimento la fé de todos los católicos; le sirve de vasa la constante firmeza de los primeros apóstoles; por columnas la sabiduría de los doctores, la invicta paciencia de los mártires animada de la esperanza forma las sólidas paredes, que enlazadas con el vinculo de la fé son resguardo invencible á los asaltos enemigos; la pureza de las vírgenes, el retiro de los solitarios, la sangrienta penitencia de los confesores sirven de finos esquisitos relieves, que por todas partes la hermosean; la caridad, en fin, de los justos es el techo que coronando este edificio dá á conocer en sus preciosos lucidos esmaltes la suma perfeccion de la obra. Y bien, penetrad un poco á registrar el sólido cimiento á quien debe esta obra su firmeza, sobre que se mantiene su hermosura. Pedro es, dice el

mismo Jesucristo, *tu es Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam meam.* Este es el fundamento que fortalece á los católicos en su fé, que sostiene á los apóstoles en su ministerio, que, como espone San Agustin, ilustra á los doctores en su sabiduria, que anima á los mártires en sus persecuciones, que á las virgenes, á los anacoretas, á los confesores, á los justos todos fortalece en el retiro, en la castidad en la penitencia, en la caridad: *Petra dicitur eo quod tamquam saxum immobile totius operis christiani compagem molemque detineat.*

Hasta aquí toda esta semejanza, tomada del mismo elogio de Jesucristo, no es otra cosa que una idea muy general de las heroicas acciones de Pedro en el establecimiento de la iglesia. Mas ¡ó! si queremos descender en particular á lo que egecuta, á lo que dispone, á lo que emprende cuando comienza á poner por obra este designio. El como destinado por Dios, como pastor, como doctor, como juez, como pontifice, siempre activo ocurriendo á todo, disponiendo de todo, ya segun la predicacion de Jeremías arranca y destruye, ya disipa y confunde, ya planta y fabrica: *constitui te super gentes, et regna ut evellas, et destruas, et disperdas, et diss-*

pes, et edifies, et plantes. Era preciso que en tan vasto designio no hubiera cosa que no emprendiera, no hubiera virtud que no egecutara. ¿Era preciso comenzar á establecer la recién nacida iglesia por la predicacion? Vedle en medio de las varias naciones juntas en Jerusalem, sin temer amenazas ni castigos, reprender severamente á los judios, y vedle predicar el primero en público el evangelio á los judios, el primero á los gentiles con tanta fuerza, con tanta energia que en pocos dias convierte mas de ocho mil personas. ¿Era necesario comenzar por los milagros á admirar á los pueblos convenciéndolos que eran ministros del Todopoderoso? él hace el primer milagro, dice San Ambrosio, en testimonio de la fé dando á vista de un numeroso pueblo pies á un tullido; él con sola su sombra auyenta los males, y aun los mismos demonios. ¿Son necesarios castigos severos? ved por una sacrilega mentira muertos á sus pies repentinamente á Ananias y á Zafira. ¿Es necesario juntar concilio en que se decidan algunas controversias? El le junta en Jerusalem, y Pablo, doctor de las gentes, ocurre á él como oráculo, dice San Gregorio. ¿Es forzoso caminar infatigable apóstol por varios paises á plantar en

unos y á confirmar y fortificar en otros la santa fé? El entra en el Ponto y en la Galacia, él pasa á la Capadocia, él penetra á la Asia, él corre la Bitinia, él entra en la Africa, él establece la primera iglesia en Antioquia ¿Es conveniente fundar particulares iglesias en el mundo, y repartir por todo él obreros evangélicos? El los destina á la Italia, á la Sicilia, á la Francia, á la España, á la Africa; digámoslo en breve, á todas las cuatro partes del mundo. ¡Heroicidad nunca oída! ¡Un hombre solo cargado de tan difíciles y tan varios ministerios, un hombre solo ocupado en tan diferentes empleos en que era preciso estar revestido ya de una constancia invencible, ya de una fina prudencia, ya de una suave dulzura, ya de una severa integridad, ya de una sabiduría toda luz, ya de una caridad toda fuego! Pero qué hay que admirar, todas resplandecen en Pedro, y adornado de todas conduce felizmente la mas difícil y grande empresa como héroe soberano de la santidad y de la iglesia; mas aun despues de todo faltábale aun á Pedro el esfuerzo mas heroico, faltábale aun la accion mas difícil y peligrosa; pero no menos necesaria al establecimiento de la iglesia. Este era el elegir asiento á su trono: iglesia en que

colocarse como oráculo cuyas decisiones obedecieran todos, y cabeza desde donde repartiera á las demas iglesias el espíritu de su doctrina: Roma, oid señores, y admiraos: Roma es la que elige y destina Pedro para lugar y asiento de su trono. Roma, entonces altiva, señora y cabeza del orbe, centro de la grandeza y la idolatría: Roma tenazmente celosa de su libertad, que dando leyes á las otras naciones era esclava no menos de sus vicios, que de los ciegos errores de todas: Roma, poderosa corte de los emperadores y entonces regida del exceso de la crueldad y de la fiereza, sangrienta furia nacida para perseguir el cristianismo en Claudio y Neron, es en la que Pedro trata y dispone colocar la silla de la religion. Y ¿qué digisteis entonces vosotros soberbios muros nunca vencidos? ¿qué digisteis, templos erigidos en honor de la impiedad, y de las mentirosas deidades, al ver á un pobre pescador sin armados egércitos, sin defensa que va á sujetar vuestro orgullo, á estirpar vuestra antigua religion, á humillar vuestra soberania, y á conseguir sujetándoos en una sola victoria el triunfo mas completo de todo el mundo? Roma, ó dichosa tú, mas feliz ahora en ser vencida que lo has sido en tus victoriosas

conquistas, mas grande cuando vas á humillarte, que en haber sujetado á tus armas las naciones, feliz, dice el gran pontífice San Leon, que en una paz cristiana vas á conseguir mayores triunfos, que en las sangrientas guerras viendo estenderse el poder de Pedro aun mas allá de donde habia llegado el de tus emperadores. Así fué, en efecto, entra Pedro y triunfa, entra y vence viéndose con universal asombro Roma, asiento de la idolatria, convertida en el de la santidad; la capital del mundo infiel, en la capital del mundo cristiano, y sobre las ruinas de las falsas deidades erigidos los cultos inmortales del Dios verdadero. ¿Y qué otra cosa le faltaba á Pedro despues de concluido tan gloriosamente su heróico ministerio que consagrar con su sangre su trono, é imitando á Jesucristo concluir desde una cruz su triunfo, y comenzar el primero en la cruz despues de Cristo á practicar aquella santa abnegacion que habia de ser el espíritu de su iglesia?

Murió, en fin, Pedro; mal dije, pasó despues de increíbles tormentos, de trabajos gloriosos, de heróicas acciones á gozar en la triunfante iglesia el premio del establecimiento de la militante. Mas qué acabarán con la mortal vida de Pedro sus heroicas

acciones en beneficio de la iglesia? Concluyó con la muerte su alta empresa? no: dice otro Pedro, obispo de Ravena, solicitando á Eutiches para su conversion: vive aun Pedro, preside en el trono de su iglesia, y animando y sosteniendo siempre á sus sucesores cuida y protege á los herederos de su fé, según la espresion de San Ireneo: *Quoniam beatus Petrus, qui in propria sede et vivit et praesidet, praestat quarentibus fidei veritates, nos in omnibus ut confidimus administrationis suae protegit, et tuetur heredes.* Mueren los demas hombres, y dejando impreso en sus obras el fatal sello de su mortalidad acaban con la muerte sus empresas: Pedro, que ya desde las primeras de su heróico ministerio veía que el imperio de la iglesia habia en todos los siglos, en todas las edades de ser acometido vigorosamente por impios heresiarcas, que escoltados del poder del infierno habian de asaltar en sus mismas trincheras la santa fé en todos los siglos, como invencible fundamento ha sostenido en sus gloriosos sucesores otros tantos invictos defensores de la iglesia. Mas de doscientos gefes armados del error, de la astucia, de la impiedad ha vomitado el infierno contra la iglesia; vióse siempre esta santa nave en el alto mar de las per-

secuciones combatida de recios vientos, agitada por las mas funestas tempestades. Vióse, dice San Gerónimo, en tiempo de Arrio tan dominante el error, que el orbe casi todo lloraba sobre sí viéndose discípulo de su secta. Donato, Eutiches, Nestorio, Sergio, Pelagio, Lutero, Calvino: ¿qué me detengo? innumerables otros monstruos de la impiedad no han dejado piedra por mover para desquiciar este edificio; mas despues de persecuciones crueles, de heregias, de cismas subsiste aun gloriosa, y mantenida sobre la heroica fé de Pedro triunfa de las huestes infernales: *portæ inferi non prevalebunt adversus eam*. La misma voracidad é inconstancia de los tiempos que, como un rápido torrente, ha arrebatado en pos de sí los mas poderosos imperios, no ha servido sino de hacer mas glorioso el imperio de la iglesia firme aun despues de tantos siglos. En el espacio corto de pocos siglos se vió nacer en Belo y acabar en Baltasar el imperio de los asirios. Nació en Ciro y acabó en Dario el de los persas. Comenzó en Alejandro, y murió en Tigranes el de los griegos. La altiva república de Roma, que parecia tener en cada uno de sus templos un gaje de su inmortalidad, murió finalmente; mas la iglesia de Jesucris-

to mantenida sobre la fé y la heroica santidad de Pedro burlando la inconstancia de los tiempos, triunfando victoriosa del poder del infierno vivió, vive aun, y vivirá hasta el fin de los siglos: *portæ inferi non prevalebunt &c.*

Giman ahora en las profundas cavernas del abismo; confundanse Lutero y Calvino al ver en la gloriosa sucesion de diez y ocho siglos siempre firme, siempre floreciente, victoriosa siempre la iglesia de Jesucristo contra el poder, contra el error, contra la astucia. Vean en esto el argumento mas poderoso de la santidad de la iglesia católica, y argumento tambien de la heroica grandeza de Pedro, esas infelices victimas del error, piedras verdaderamente reprobadas por el supremo Autor. Pero felices nosotros, místicas piedras de este edificio, miembros de este glorioso cuerpo que lo gramos en un héroe tan grande como Pedro el fundamento que nos sostiene, y la cabeza que nos anima. Felices vosotros singularmente los que, bajo la juiciosa y madura conducta de la cabeza que os preside, sois ilustres miembros de esta venerable y respetuosa congregacion. Dichosos que, teniendo por glorioso timbre el misterioso nombre de Pedro en

sus cultos, colocada bajo su proteccion os declara por dos titulos, por fieles y por congregantes, hijos de este glorioso apóstol. Felices que, hijos de su glorioso espíritu, teneis por principal instituto el de la caridad, virtud la mas característica de la santidad de nuestro príncipe. Haria ciertamente injuria á vuestra piedad, vuestro celo, vuestro caritativo fervor si quisiera elogiar con palabras las virtudes que patentes á los ojos de todos son otros tantos pregoneros de vuestra alabanza, y pues que en el solo nombre de congregantes de San Pedro teneis el elogio mas cumplido; no me resta otra cosa que unir mis votos y súplicas con los vuestros, y presentarlos hasta los pies del escelso trono de gloria, que en la triunfante iglesia ocupa el príncipe de los apóstoles. Tu fe, padre amantísimo, la mas singular, tu ardiente caridad con que aun en el estado de una vida privada te ostentaste heroicamente santo, tus heroicas acciones en el desempeño de la dignidad de cabeza suprema y piedra fundamental de la iglesia nos aseguran en tu proteccion las mayores felicidades. La iglesia santa con tu glorioso sucesor que la rige, la monarquia de España con el católico Monarca que la gobierna, los cuerpos todos

religiosos y políticos esperan con razon de tus santos influjos una fe floreciente, y un fuego ardiente de caridad. Haz que esperitememos todo aquel poder univèrsal con que sujetó el Señor á tu imperio la tierra, el mar, y aun los mismos abismos. Haz que esas misteriosas llaves que tienes por divisa nos abran en la tierra por la puerta de la caridad los tesoros de la gracia, y al fin nos conduzcan miembros afortunados de la iglesia militante á gozar en la triunfante los premios de una eterna gloria: *ad quam &c.*